

Milagros Mata Gil

La escritura como fe...

Entre sus obras:

La casa en llamas (1987), *La estación y otros relatos* (1989), *Memorias de una antigua primavera* (1989), *Mata el caracol* (1992), *Diario íntimo de Francisca Malabar* (1999).



Poética de su escritura

Milagros Mata Gil pondera la importancia de la narrativa como un proceso creativo. Para ella, todo trabajo literario —se exprese éste en poesía, ensayo o narrativa— tiene que basarse en un conjunto coherente que combine cosmovisión, infraestructura técnica, objetivos e instinto escritural.

Desde esa perspectiva, surge la reflexión en torno a su propia obra: “Supongo que a la combinación de esos elementos que un autor adopte puede darse el nombre de *Ars*. En otros términos, yo pienso que mi obra es una construcción consciente, realizada mediante cierta visión filosófica (Platón, Plotino, Agustín, Kant, Hegel) ciertos conocimientos sedimentarios, ciertas observaciones empíricas y el impulso escritural que me hace colocarme siempre como testigo, o como espejo, o como cámara filmadora, de la realidad, o lo que por ella se entiende”.

En su caso, el impulso escritural se asocia con varias experiencias de la vida. Desde que era una niña y estudiaba en un colegio de religiosas católicas, escribía versos. Leía en ese entonces hagiografías y poemas de Sor Juana Inés de la Cruz, Santa Teresa y San Juan de La Cruz, porque —según recuerda— en los criterios de aquellas bibliotecarias ésas eran buenas lecturas para una niña inquieta.

A sus primeras lecturas, se sumaron otras vivencias que la llevarían a la literatura: “Siempre tuve fa-

cilidad para expresarme por escrito. Tengo formación musical y bastantes conocimientos —sobre todo históricos y teóricos— de artes plásticas, pero todo ello confluye en la escritura. En el año 84 tuve lo que llama Jung “la crisis de los 30 años”. Y entonces se me planteó la disyuntiva de seguir siendo una docente de Educación Media, una periodista muy activa y aventurera, un ama de casa con una condición socio-económica estable, o decidirme a asumir la literatura como oficio. A partir de esa crisis, abandoné todo lo demás y, después de un tiempo de pruebas, me encaminé hacia la escritura como oficio, como sacerdocio, como fe, como trabajo lógico, como realidad”.

Influencias

La literatura de esta autora se asocia a múltiples nombres, que de alguna manera han dejado algo tras su lectura. En primer término, la autora recuerda toda la literatura española del Siglo de Oro, sobre todo la novela picaresca. Y luego, Joyce y Virginia Woolf, por una parte, y por la otra, muy fuertemente, reconoce el influjo de la llamada generación Perdida, en especial de Faulkner.

En el recuento se incluyen también ciertos latinoamericanos: “en una primera fase, gente del *boom*, García Márquez, por supuesto, aunque después lo deseché por intoxicación. Pienso en Carlos Fuentes, en Donoso y en Onetti. Pero por las mismas fechas, recibí la influencia del Realismo Sucio norteamericano, y en especial de Capote, Mailer y, mucho menos ‘sucio’ Styron”.

De los venezolanos, reconoce la influencia de Armas Alfonzo, José Balza, Denzil Romero y de poetas, como Pepe Barroeta, Luis Alberto Crespo, Yolanda Pantín y Néstor Rojas. “Además, tengo la influencia de muchas lecturas bíblicas y del contacto con científicos “duros” de los que aprendí el rigor en la mirada. Otra vertiente de influencia es el ejercicio del periodismo, ese vertedero de elementos de muy variado aspecto”.

En esa combinación de experiencias entre el periodismo y la ciencia, Milagros Mata ha alimentado su espíritu narrativo. A partir de 1995, ingresó en la Universidad Nacional Experimental de Guayana, como docente investigadora. Tuvo muchas discusiones con botánicos, zoólogos, gerentes, médicos ocupacionales, sobre la naturaleza del conocimiento científico y sobre los métodos, y a menudo los acompañaba en sus exploraciones de campo.

“Mutuamente nos fuimos contaminando: ellos se acercaron a la literatura y la filosofía y yo me acerqué a la rigurosidad de la observación empírica, pero con un criterio diferente, es decir, aprendí a ver el mundo como un conjunto armonioso, como un enorme alfabeto sus-

ceptible de ser descifrado y leído, como un cosmos ordenado, pues la mayor parte de ellos eran ecologistas por naturaleza”, comenta la escritora, quien amplió su anterior experiencia “hasta entonces sedentaria y de biblioteca”.

Esta vivencia la llevó a escribir varios ensayos en *Conversaciones con los duros*, un libro inédito. “Y todo eso digamos que afinó un aprendizaje obtenido del ejercicio periodístico y un instinto de ser testigo que relata, que ya venía en mí”.

La narrativa venezolana contemporánea

La opinión de esta escritora sobre la narrativa venezolana contemporánea es que se trata de *work in progress*... “Está sucediendo ahora mismo y con tanta vitalidad y rapidez que haría falta un tiempo de reposo para poder medir sus reales resultados. Pero se pueden determinar las palpitaciones y los movimientos que indican su existencia, como en un ecosonograma se puede constatar la existencia y calidad de la vida...”

La escritora ubica entre 1980 y el día de hoy, por lo menos tres corrientes bien definidas por su producción, dentro de una narrativa que —estima— ha venido creciendo en cantidad y calidad.

“Pero estas corrientes no se han dado aisladas entre sí, ni con respecto de la tradición literaria. De hecho, hay dos hitos que yo veo, hitos anteriores, que son Guillermo Meneses y Alfredo Armas Alfonzo, y mi idea es que a partir de que uno, consciente o inconscientemente, se ubique bajo la advocación de uno de estos íconos y se desenvuelva con su generación y su historia particular, entonces se ubica en uno u otro espacio de lo narrativo venezolano. Yo pienso en varios nombres, pero sería muy fácil señalar individualidades cuando se trata de movimientos”.

Narrar en estos tiempos

La impresión de esta autora sobre los cambios cronológicos que nos toca vivir, es que: “El nuevo siglo se está narrando de acuerdo con los cambios tecnológicos y culturales y con las experiencias que cada quien tenga al respecto. Estamos, o, por lo menos yo me siento así, metidos dentro de un torrente de sucesos y de informaciones. Y lo único que podemos hacer, por ahora, es mantenernos en el torrente con todos los sentidos abiertos. Y narrar”.

Qué hacer por la paz

Milagros Mata es una escritora cristiana, así que —explica— su base debería ser un discurso de paz, considerando que el fundamento

del cristianismo es el amor y que en *I Corintios, 13*, y la *I Epístola de Juan* se resaltan esos principios de amor, amistad y solidaridad.

Sin embargo, en el plano real a veces se soslayan esos valores: “Lamentablemente, estamos inmersos en este momento histórico y en este país, en una guerra (no metafórica, ni metonímica) real contra elementos que pretenden transformaciones impuestas, transformaciones que no apuntan hacia una mayor calidad de vida, sino hacia cualquier desastre generado por la condición de imposición”.

En este contexto, la escritora considera que el papel de los intelectuales debe ser el de insertarse en esa lucha, fijar posición, elevar el nivel de la discusión, coadyuvar a la modificación del cauce, orientándolo hacia la vida y hacia el amor, es decir, hacia la paz. “Pero una paz con libertad, con justicia. Nunca antes había yo escuchado con tanta frecuencia el grito ¡Libertad! y me parece que vivimos, entonces, una fase realmente importante en la cual no se nos permite a los intelectuales estar al margen, so pena de que la historia nos cobre indiferencia, timidez o complicidad”.